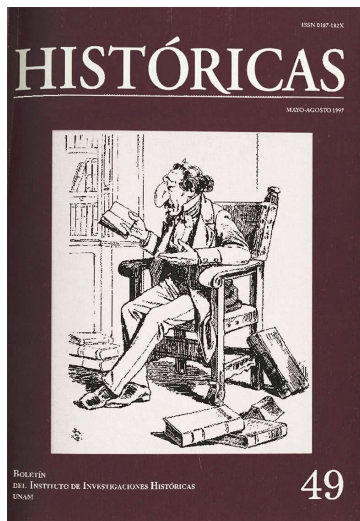




Artículo: La historia como ideología

Autor(es): Matute, Álvaro

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 49

Año: 1997

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Matute, Álvaro. "La historia como ideología" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 49 (1997): p. 4-17. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3892>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

○ ARTÍCULOS

La historia como ideología¹

Álvaro Matute

Instituto de Investigaciones Históricas

*El hombre religioso sabe que cree,
mientras que el ideólogo cree que sabe.*

Alain Besançon

El problema: la ideología en la historia

Cuando un texto de historia es identificado como liberal o conservador se está haciendo referencia expresa a la ideología que lo caracteriza. Supuestamente debería haber una historiografía objetiva y científica que superara las limitantes ideológicas que llevan consigo los discursos historiográficos. Durante mucho tiempo se ha sostenido que la crítica garantiza la limpieza de la historia y que el atenerse a los datos la coloca por encima de la doxa. Las cosas, sin embargo, no son tan sencillas. La hermenéutica y la retórica nos muestran cómo no le resulta posible a la historia “liberarse” de la ideología. Es uno de sus factores constitutivos.

Desde hace poco más de veinte años, Hayden White² mostró que el modo de implicación ideológica es uno de los niveles de conceptualización de todo trabajo historiográfico. White, con apoyo en Karl Mannheim, establece cuatro modos de implicación ideológica: anarquista, radical, liberal y conservador, para con ellos denotar la constitución ideológica de los discursos históricos del siglo XIX.

Quienes no aceptan que la historiografía deba ser tratada por la retórica manifiestan su desacuerdo con argumentos como el de White y tratan de subrayar la independencia de la historiografía de cualquier abordaje externo. Sin duda, quien argumentó con mayores y mejores recursos fue Arnaldo

¹ Texto de la conferencia dictada en el Ciclo El historiador frente a la historia.

² Hayden White, *Metahistory. The historical imagination in nineteenth century Europe*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1973, 448 p.

Momigliano.³ Para el gran erudito piamontés, la ideologización de la historiografía se intensificó desde el momento en que la historia se convirtió en materia de enseñanza, dicho de otro modo, desde que se instituyó la enseñanza de la historia. Esta práctica es relativamente reciente; data de finales del siglo XVIII, ya de manera continua. En el XVII hubo más intentos, pero no fueron sostenidos. Frente a ellos, hay dos milenios y medio de práctica historiográfica, desde Hecateo, Herodoto y Tucídides en adelante. Para Momigliano, enseñar implica llegar a conclusiones sin investigación consumada, a trazar grandes lineamientos, sin atender a los detalles menudos. Recalca el hecho de que desde Grecia, la historia era un asunto de adultos para adultos, siendo los historiadores responsables de sus actos, de sus discursos. Un erudito de su talla no ignora que desde antes de la puesta en práctica de la enseñanza institucional de la historia había contaminación ideológica. De hecho él mismo señala persecuciones a historiadores latinos por parte de los emperadores y, en la Edad Moderna, la pugna habitual entre católicos y protestantes. Sin embargo, insiste en el hecho de que la necesidad de exponer en cursos generales la historia universal, o cualquier trazo largo de la historia, propicia incurrir en generalizaciones que se convierten en terreno fértil para la manifestación ideológica. Podría entonces pensarse que la monografía críticamente documentada es garante de la verdad, objetivo central de la historiografía.

El reparo fundamental a tal aseveración es que un producto de esa naturaleza apenas alcanza a ser un informe de archivo, de acuerdo con White. Si un conjunto de sucesos particulares no es abordado en su universalidad, esto es, ubicado dentro del panorama al que corresponde, lo más seguro es que carezca de sentido. En réplica a Momigliano, podría argumentarse que, desde que se institucionaliza dentro de los ámbitos universitarios la investigación histórica, el combate contra la “contaminación ideológica” la ha ido llevando hacia la inanidad, de manera que una gran parte de la producción historiográfica académica no pasa de ser mínima muestra de realidades acontecidas que, en poco o nada iluminan el sentido del acontecer o se refieren a la condición humana en tiempos y espacios determinados. La reducción, por parte de White, de esos productos a informes de archivo me parece exacta. Cabe aclarar que con ello no se generaliza hacia toda elaboración monográfica. Puede haber trabajos muy bien acotados en sus coordenadas espacio-temporales que participen de

³ Arnaldo Momigliano, “La storia in una età di ideologie”, en *Tra storia e storicismo*, Pisa, Nistri Lischi, 1985, 266 p., p. 57-74.

la universalidad requerida para ser historia plena. Es posible que las grandes obras historiográficas del siglo XX sean todas monografías, aunque monografías inteligentes, ricas en expresividad, bien sustentadas documentalmente y comprometidas en sus aspectos comprensivos y exegéticos.⁴

El problema de la ideología es mucho más complejo como para ser superado solamente a base de datos obtenidos con toda la pureza requerida. Al ser la obra historiográfica “un discurso escrito y que dice ser cierto, que los hombres han hecho sobre su pasado”,⁵ queda sujeta a toda suerte de análisis retóricos y/o hermenéuticos. Y al practicárselos, la ideología queda puesta de manifiesto. Ahora bien, la ideología no es sólo la voluntad manifiesta por el historiador de tratar de imponer su interpretación de la historia sobre otras interpretaciones, sino también la expresión de elementos inconscientes que se hacen presentes en su lenguaje y que revelan, más que sus ideas, sus creencias. Hago mía la distinción orteguiana entre ideas y creencias, porque me permite ejemplificar mejor el punto al que quiero llegar. “Las ideas se tienen; en las creencias se está”, escribió Ortega.⁶ El epígrafe que da inicio a este texto expresa una oposición entre el pensamiento religioso y el ideológico. Es muy importante distinguir entre saber que se cree y creer que se sabe.⁷ Los pensamientos religiosos e ideológicos pueden estar conformados, como de hecho lo están, por ideas y creencias, aunque es mejor expresarlo en el orden inverso: por creencias e ideas. Primero se cree y después se idea. Las ideas son las ocurrencias, de variadísima índole, incluso teorías científicas, que puede tener el hombre en su vida, mientras que las creencias son la herencia recibida a partir de la cual se van explicando el mundo y la vida. Después las ideas corroborarán o negarán las creencias. Ideas y creencias conformarán la ideología, más las segundas que las primeras. De hecho, las ideologías son ideas vueltas creencias, las verdaderas ideologías, aquellos pensamientos bien sedimentados en el individuo y con los

⁴ Pienso en obras como *El otoño de la Edad Media*, de Huizinga; *La formación de la conciencia burguesa en Francia*, de Groethuysen, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, de Braudel; *La clase trabajadora en Inglaterra*, de Thompson, entre otras verdaderas obras maestras de la historiografía.

⁵ Charles Olivier Carbonell, *La historiografía*, trad. Aurelio Garzón del Camino, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 163 p., p. 8.

⁶ José Ortega y Gasset, *Ideas y creencias*, Madrid, Espasa Calpe, 1940, 209 p. (Colección Austral, 151), p. 17 y s.

⁷ Octavio Paz, “José Ortega y Gasset: el cómo y el para qué”, en *Hombres en su siglo y otros ensayos*, Barcelona, Seix Barral, 1984, 182 p. (Biblioteca Breve), p. 97-110.



cuales expresa su conformidad o inconformidad con el mundo, sus deseos de conservar o de cambiar, de regresar al pasado, a un pasado inventado, o hacer tabla rasa de él. Justificar un *statu quo* o querer eliminar lo circundante.

Las ideologías identificadas y sancionadas como estilos de pensamiento contienen,⁸ como las religiones y las filosofías, enunciados que expresan con pocas palabras sus contenidos esenciales. En el caso de las ideologías, identificaré dichos enunciados como ideologemas. Así, por ejemplo: "La historia es la historia de la lucha de clases" o "el progreso es la ley de las sociedades".⁹ Quien está de acuerdo con una u otra de las sentencias citadas será identificado como marxista o liberal, pero más que el nombre o etiqueta que lo distingan, en ambos ideologemas se da la expresión de toda la historia universal, concebida ya sea como lucha de clases o como progreso constante y sostenido. El ideologema es, por su carácter sentencioso y breve, metafórico. La concepción de la realidad histórica expresada contiene la atribución a un motor de la historia.

El ideologema ilustra, pues, una creencia profunda acerca de la marcha de la historia. No es una idea que se tiene sobre ella, sino algo dentro del cual los

⁸ Karl Mannheim, *Ensayos sobre sociología y psicología social*, editados por Paul Kecskemeti, trad. Florentino M. Torner, México, Fondo de Cultura Económica, 1963, p. 84-183.

⁹ Octavio Paz, *op. cit.*, p. 97.

datos empíricos van a ser enmarcados, colocados y, finalmente, explicados. Desde luego que no es necesario que aparezcan ideogramas en cada discurso historiográfico. De hecho, pueden estar implícitos en el discurso como fundamento del mismo. La carga ideológica está en el sustento que se le da al discurso histórico. Es el principio alrededor del cual se organizan, agrupan y explican los hechos documentados en datos. A mayor científicidad, mayor carga ideológica. Pero, paradójicamente, el historiador que conscientemente quiere rehuir de la interpretación y desafiliarse de cualquier doctrina en boga, como garantía de auténtica científicidad, corre el peligro de quedarse en el informe de archivo, en la reunión de una serie de datos que hablan de una serie de hechos, organizados de una manera más o menos lógica, pero carentes de estructura y sentido.

La renuncia a la interpretación es el suicidio de la historia. Lo otro, invariablemente, la politiza. Hay una política de interpretación que, en palabras de White, "surge en aquellas prácticas ostensiblemente más alejadas de las inquietudes patentemente políticas, prácticas realizadas bajo la égida de la búsqueda de la verdad puramente desinteresada o de una indagación en la naturaleza de las cosas que parece carecer de toda relevancia política". Y agrega:

La actividad de interpretación se vuelve política cuando un determinado intérprete reclama autoridad sobre sus intérpretes rivales. En la medida en que esta pretensión no esté reforzada por la apelación al poder del Estado para reforzar la conformidad de creencia o convicción, es política sólo en un sentido metafórico. El Estado es la única institución de la sociedad que reclama el derecho al uso de la fuerza para cumplir con la ley. En sentido estricto, la interpretación sólo se vuelve política cuando sus productos parecen conducir al quebrantamiento de una ley o determinan una actitud a favor o en contra de determinadas leyes. Por supuesto, la interpretación se vuelve política cuando un determinado punto de vista o hallazgo se considera como creencia ortodoxa por aquellos que ostentan el poder político, como en la Unión Soviética, Alemania bajo Hitler o cualquiera de los numerosos regímenes en los que prevalece el puritanismo religioso. Pero estos casos son fáciles. Más difícil resulta determinar la naturaleza política de las prácticas interpretativas que, como en la crítica literaria o la erudición antigua, no parecen tener una relación con los programas o prácticas políticas.¹⁰

¹⁰ Hayden White, "La política de la interpretación histórica: disciplina y desublimación", en *El contenido de la forma*, Barcelona, Paidós, 1993, p. 75-101.

Después de todas estas consideraciones teóricas conviene abordar ejemplos ilustrativos acerca de la politización de las interpretaciones históricas que muestran a la historia como ideología.

Ya White, en el texto citado, da los ejemplos más evidentes de que se puede echar mano: fundamentalismos, sobre todo islámicos, marxismo soviético stalinista, nazismo hitleriano. Es particularmente interesante indagar el problema en otros espacios y en otros regímenes no totalitarios, pero no exentos de intolerancia. El historiador coreano Sang-woo Lim llama la atención sobre el hecho de que durante la dominación japonesa de Corea (1905-1945) fue prohibida la enseñanza y escritura de la historia coreana del siglo XX y monopolizada la investigación histórica por parte del Estado colonial. Ya independizada Corea, la práctica de monopolio estatal de investigación histórica siguió adelante, con el fin de elaborar una historia nacional, oficial, que hiciera énfasis en la descolonización de los japoneses. Las restricciones hacia una historia libre, escrita desde fuera del Estado, eran muchas. Estaba prohibido expresamente utilizar el materialismo histórico en la interpretación de la historia coreana. Quien lo hiciera, violaba la ley.¹¹ El mismo autor señala el problema de la descolonización historiográfica de la India, que hasta antes de su liberación era anglocentrista. Obviamente fue necesario replantear la interpretación de la historia hindú desde el punto de vista local.

En torno a la historia oficial mexicana

El apartado anterior puede ser preámbulo para abundar en algunas cuestiones planteadas por el profesor Friedrich Katz en varias intervenciones públicas que ha realizado en los últimos años. Katz se ha referido a la diferencia existente entre la defenestración antimarxista-leninista ocurrida en Rusia, las naciones bálticas y la Europa Oriental, donde fueron derribadas de manera violenta estatuas de Marx, Lenin, Engels y otras figuras locales asociadas al régimen caído, y el hecho de que en México, si bien se dejó de creer en la revolución mexicana como la panacea del Estado, a nadie molestan las

¹¹ Sang-woo Lim, "History as a vocation. A weberian perspective on the development of historical institutions in modern Korea", ponencia presentada en la mesa de Specialized Themes, I. Power, Liberty and the Work of the Historian, 18th International Congress of Historical Sciences, Montreal, Canadá, agosto de 1995, 8 p.

estatuas de los próceres revolucionarios. De hecho, las únicas manifestaciones violentas contra figuras históricas han sido adversas a Cristóbal Colón y Diego de Mazariegos (este último en Chiapas, antes del 1° de enero de 1994, para desazón de don Silvio Zavala). El 12 de octubre dejó de ser día de la Raza (entendida como mestizaje), para convertirse en un día de agravio contra la presencia española y occidental en tierras americanas, pero su expresión no ha pasado de pintas al pie de los monumentos y de manifestaciones indigenistas. Además es significativo que la diatriba antibroncónea no vaya dirigida contra figuras revolucionarias, sino contra colonizadores y conquistadores. Como se ha dicho hasta la saciedad, frente al dolor de historiadores hispanistas o solamente ecuanímes, más tardarían en edificar una estatua de Hernán Cortés que en derribarla.

La historia oficial mexicana fue formulada a partir de la república restaurada y encontró en *México a través de los siglos* su mejor expresión. Si quisiéramos formular un ideograma, sería el siguiente: *la historia del pueblo mexicano es la de su lucha por la libertad*. En él existen dos componentes fundamentales: *pueblo y libertad*. Los dos convienen a cualquier enfoque ideológico particular. La fusión pueblo-libertad puede ser aceptada por liberales y socialistas en la medida en que, para los segundos, el pueblo es el protagonista de la historia, mientras que, para los primeros, la libertad es su meta. La amalgama pueblo-libertad ha dado una larga duración a la historia oficial mexicana, que difícilmente pudo admitir el sentido antiliberal de la reacción revolucionaria de las comunidades, y a todo liberal, aunque oligarca, le funciona cualquier exaltación al pueblo. Es, como veremos, una interpretación de Estado, más que de partido.

Así, el glorioso pueblo azteca (centralizador éste de todas las culturas mesoamericanas) fue conquistado por el oprobio español y dominado por trescientos años, hasta que los caudillos de la independencia lo hicieron despertar de un largo sueño. Después de unos cincuenta años de no encontrarle cuadratura al círculo y recibir el impacto agresivo de dos admiradísimas naciones extranjeras, surgió la reforma, que acabó con los abusos de un clero anquilosado y de una casta militar que había fastidiado al país desde el plan de Iguala. (Recientemente esto más bien ha formado parte de la amnesia histórica mexicana, para subrayar sólo el enfrentamiento Iglesia-Estado y no que Juárez y la reforma hayan limitado a los militares.) Después vino otro malo, Porfirio Díaz, pero de nuevo el pueblo fue despertado por los caudillos de la revolución. Y todo fue revolución hasta más o menos la mitad de los años ochenta. Cumplido el compromiso de celebrar el 75 aniversario del 20 de noviembre, y de

pasear a la Constitución junto con la campana de Dolores por todas partes, la praxis cotidiana seguía negando el sufragio efectivo de Madero, buscando acabar con la no reelección del mismo caudillo coahuilense, aniquilando a la comunidad zapatista, propiciando que el pueblo villista emigrara al norte, pero no a revindicar Columbus, enajenando al extranjero la soberanía carrancista y eliminando el sindicalismo magonista. Para qué iba a querer la nueva sociedad derribar estatuas, si la práctica gubernativa lo había hecho durante cerca de medio siglo, pero invocando los santos nombres de los próceres. El Estado mexicano ha sido el heredero legítimo de su larga historia, desde el hombre o mujer de Tepexpan hasta el día de ayer, y cada gobierno, su celoso guardián, salvaguarda y ejecutor.

Esto último es práctica de gobierno, no política de Estado. Es importante subrayarlo porque con los años se ha ido conformando la historia oficial como creencia, más que como idea de la historia mexicana. Frente a la historia oficial, de origen liberal, surgió una idea de la historia de corte conservador y hasta reaccionario que menosprecia la herencia indígena, exalta al conquistador y subraya el elemento religioso como único civilizador posible; no reniega de la independencia, pero prefiere el moderantismo de Iturbide frente al arrojo de los insurgentes; insiste en el fracaso de la imitación del federalismo yanqui; tilda de apátridas a los reformistas; encuentra que con Porfirio Díaz hubo orden y progreso (éste, por cierto, es un ideograma clarísimo), y que la revolución fue una acción de anarquía y bandidaje.¹² El colofón es que, con o sin revolución, las cosas estarían igual. Esta contrainterpretación de la historia oficial ha ido cayendo en desuso, si bien hay todavía quienes la sustentan. En el terreno político no es, sin embargo, una interpretación que pugne con la oficial. Si acaso la puede detentar un partido minoritario como el PDM, pero es interesante que el PAN no la reivindique.

Vuelvo al ideograma pueblo-libertad. En el México de hoy, frente a un PRI que se ha caracterizado por su ideología camaleónica, es decir, lo mismo es neoliberal que populista, según el gobierno en turno, se manipula la interpretación oficial de la historia de México. En un momento la historia de México tenía su desembocadura natural en el Tercer Mundo. Más tarde vinieron

¹² La idea de anarquía y bandidaje es de Carmen Nava. Por lo demás, estoy generalizando y, al hacerlo, peco de reduccionista. No todas las interpretaciones conservadoras o reaccionarias coinciden. Por ejemplo, Vasconcelos en la *Breve historia de México* es congruentemente antiporfirista y exalta a Madero. Está pendiente hacer un análisis de esa interpretación de la historia.

nuevos ideologemas: la modernidad y la globalización. A los enfoques de esta naturaleza algunos elementos ortodoxos de la historia oficial mexicana pueden incomodarle, como el zapatismo y el cardenismo. En cambio, se ha tratado de insistir en la herencia liberal para dotar de pasado a la aberración del llamado liberalismo social.

Los dos componentes del ideograma fundamental parecen tender a separarse ante los dos principales partidos políticos de oposición. Así, el PRD puede reivindicar el componente pueblo, con lo que subraya la acción revolucionaria, los aspectos comunitarios frente a los individualistas y, en fin, se le abre una perspectiva interesante para la interpretación de la historia de México.¹³ El PAN ha sido cauto al no hacer suya la interpretación conservadora ortodoxa. Más bien a él le ha convenido el otro componente del ideograma: la libertad. Esto lo ha manejado sobre todo cuando el gobierno en turno ha desarrollado prácticas populistas. Creo que el PAN, que por la legislación vigente hasta hace poco no pudo manifestarse como un partido demócrata cristiano, no pudo echar mano de su acervo ideológico real y reivindicar el catolicismo social como fundamento de su doctrina, lo cual le hubiera dado mucha claridad. Tal vez ahora lo podría replantear, para deslindarse del neoliberalismo priísta y fundamentar su ideología, pero no parece estar interesado en hacerlo. Es urgente llegar a un cotejo de las interpretaciones partidistas de la historia de México, ya que a partir de ellas se podría esclarecer el proyecto nacional de cada uno de los partidos políticos. De no hacerlo, la sociedad civil se los debe reclamar.

La herencia de la historia oficial es grande y se manifiesta no sólo en las ceremonias escolares regidas por el calendario cívico, sino en una extensa y repetitiva nomenclatura de calles, colonias, plazas y edificios públicos que llevan nombres de personajes históricos y de fechas señeras. La historia como ideología está en todo ello. Es ya una creencia que nos impide pensar que el general Álvaro Obregón, que atraviesa la colonia Roma, venció a su terrible

¹³ Un ejemplo de esa posibilidad lo da el libro reciente de Adolfo Gilly, *El cardenismo, una utopía mexicana*, México, Cal y Arena, 1994, 499 p. Para una fundamentación de larga duración, analícese la excelente entrevista que realizaron en 1966 James y Edna Wilkie a don Luis Chávez Orozco, poco antes de su muerte. Cfr. James W. Wilkie y Edna Monzón de Wilkie, *Frente a la revolución mexicana. 17 protagonistas de la etapa constructiva. Entrevistas de historia oral*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1995, p. 1-118. Destaco la claridad antiliberal con la que Chávez Orozco entiende la historia mexicana.

enemigo, el comandante de la División del Norte, en los campos de Celaya, como tampoco en que Madero y Carranza, que corren paralelas en el hoy llamado Centro Histórico, antes Primer Cuadro de la ciudad capital, aunque paisanos, no eran muy afines. El asunto es que a nadie se le ocurriría renombrar Plateros a Madero, porque ya se murieron quienes vivieron esa nomenclatura. También lo habían hecho los habitantes de Leningrado, pero una “nostalgia” tal vez literaria, la renombró San Petersburgo. Nuestras calles, ciudades y plazas parecen no incomodarse. Nadie parecería querer anatematizar a Flores Magón, salvo algunos bajacalifornianos, para regresar a su calzada el nombre de Noalco, con el que se le identificó por siglos. Ciertamente no garantizo que cuando ocurra lo que tiene que ocurrir, la estatua de Fidel Velázquez ubicada en una ciudad de gran cultura patronal, como Monterrey, tenga un futuro semejante al de la que estaba en la explanada de la rectoría de la UNAM, en Ciudad Universitaria, y que representaba a un Miguel Alemán a quien Ignacio Asúnsolo había retratado parecido a José Stalin.

La astucia de la historia oficial mexicana se ha manifestado en que, hasta donde es tolerable, acepta dentro de ella a tirios y troyanos. Sí es excluyente de los casos más extremos, como por ejemplo el virrey Calleja, Antonio López de Santa Anna, todos los intervencionistas, Victoriano Huerta, federales asociados al último y otros, pero son pocos los expulsados del panteón de la nomenclatura y la estatuaria. Hay argucias de la semántica como la referencia explícita al grado militar del *coronel* Porfirio Díaz, lo cual quiere decir que cuando ascendió al generalato ya dejó de pertenecer a los elegidos, o la implícita al *historiador* Lucas Alamán, a quien se le reconocen su ciencia y su sapiencia al darle nombre a una calle ubicada en la colonia que se llama Obrera y cuyas arterias recuerdan a un buen conjunto de protagonistas de la historiografía mexicana. El que ni siquiera alcanzó este honor fue Lorenzo de Zavala, ni su situación de precursor liberal permite que se le perdone lo de Texas. No sé si el Estado de México ya lo reivindicó como agrarista *avant la lettre*. Me permito sugerirlo, así como una nueva calle: *cadete* Miguel Miramón, ya que estuvo en el alcázar de Chapultepec el 13 de septiembre de 1847. Ya de teniente en adelante no nos hacemos responsables de su conducta política, aunque debo señalar que como persona fue más honorable que decenas de políticos al uso.

No quiere decir ello que no haya discusión. Como en un viaje al pasado, en 1996 en Monclova, Coahuila, asistí a intentos de reivindicación de Pablo González, que sí tiene calle, y de Jesús Guajardo, que no tiene, ni tiene por qué tenerla. (De hecho el descendiente de Guajardo que presentó en un Simposio

la exaltación de su antepasado, no pedía calle, sólo algo que podría denominarse “justicia histórica”. Va a tener que seguir apelando.)¹⁴

Muy recientemente se ha desatado nueva diatriba contra Juárez, que pone a prueba el dicho sobre la acción del aire con su persona. Ciertamente los pecados de don Benito radican en su simpatía por los yanquis y querer aprovecharlos para vencer a sus enemigos internos. Sus detractores en el bronce no aciertan a pensar que viven dentro de un Estado nacional construido por él, gracias a sus acciones políticas. Dejemos ya el problema de las calles, no sin subrayar el hecho de que la historia oficial no sólo se manifiesta en libros, de texto o no, sino que literalmente vivimos dentro de ella. Es nuestro contorno. Sin embargo, el Estado mexicano es y ha sido tolerante con el revisionismo. La historia académica puede expresarse libremente, pero hay cotos en los que no se admite ninguna heterodoxia.

La práctica cotidiana de la ironía ha ido conformando dudas y certezas. El descreimiento popular frente a la palabra del gobernante puede proyectarse hacia el pasado. Hay una mayoría pasiva frente a minorías intransigentes que quisieran imponerse. Los viejos indigenismos e hispanismos todavía están ahí, como están el mocho y el jacobino. Frente a ellos, la solución deseable es una conformación tolerante, inclusiva, de la experiencia del pasado. Un ser histórico robusto los debe admitir.

En los terrenos de la investigación histórica de alto nivel, la política de la interpretación afecta otros intereses que se apartan del juego de los bronce. El predominio de unas interpretaciones sobre otras es patrimonio de los intérpretes y en principio sólo afecta a las comunidades interesadas. A veces los medios de comunicación masiva, llaman la atención sobre estas cuestiones, pero lo hacen en los espacios destinados a la cultura, que son leídos o vistos por minorías. En suma, pienso que no habría defenestración de figuras históricas. Los gobiernos recientes no son vistos como sucesores de los revolucionarios, sino más bien como quienes interrumpieron el proceso iniciado en 1910. La segmentación sexenal ha funcionado de tal manera que cada gobernante puede merecer aceptación o reprobación sin nexos con lo precedente o lo sucesivo.

¹⁴ Simposio de Historia e Historiografía Regionales de la Revolución Mexicana, 23-26 de abril de 1996, Monclova, Coahuila.

¿Qué hacer con la ideología?

Ya argumenté en el sentido de que la ideología es un factor componente del discurso historiográfico, que el intento de autolimitación del historiador para construir un producto libre de impurezas no llega a un nivel aceptable de expresión histórica; es un mero informe de archivo o ejercicio de tijeras y engrudo, como lo denomina Collingwood. La historia académica, al enfrentar problemas políticos, establece conclusiones que ubican a cada autor en el horizonte que le corresponde. A continuación propongo un caso de interpretación histórica en el que la ideología desempeña un papel importante.

Los hombres del triángulo sonorenses —Obregón, Calles, De la Huerta— son figuras controvertibles. De hecho lo son todos los revolucionarios a partir del momento en que dejaron de serlo, es decir, desde que llegan al poder. Ciertamente eso es lo que buscaban y lo lograron con buen resultado. Lo controvertible no es en sí su obra de gobierno, aunque toda obra de gobierno es sujeto de discusión, sino los excesos cometidos para eliminar a sus enemigos. ¿La razón de Estado los debe eximir? Ya no se trata de discutir quién merece calle y quién no. La discusión que se abre se refiere a la comprensión-explicación de una serie de acciones en las que el poder es el eje por el que transitan. Si se soslayan acciones moralmente reprobables en obsequio a la razón de Estado, se corre un riesgo mayor, en el sentido de que si se aprueba el crimen en el pasado, implícitamente se aprueba en el presente. Antes de su crisis actual, el sistema político mexicano podía haber apelado al evolucionismo, en el sentido de que los crímenes de los años veinte ocurrieron en una etapa “primitiva”. El ideologema iría expresado en ese sentido. Hoy, cuando vivimos un *ricorso* hemos visto que no funciona esa concepción evolucionista. Por lo tanto, el tratamiento de las figuras de los generales debe ser muy cuidadoso. Y aquí introduzco una enésima digresión que ejemplifica el caso:

Todo mundo sabe que Villa fue asesinado por Jesús Salas Barraza, cuando el Centauro iba de Canutillo a Parral. Se adujo que se debió a “motivos personales”. Ciertamente mucha gente tenía “motivos personales” para acabar con Villa. De hecho Obregón los tenía desde 1914, y muy personales. ¿Quién era Salas Barraza? Obviamente un ejecutante, atrilista que seguía las indicaciones de un primer violín que atendía la batuta de su director. Las trampas de la fe académica, que afortunadamente no son tan graves como las de la fe jurídica,

exigen pruebas documentales. La conciencia popular o como quiera llamársele pudo haber dudado legítimamente de la coincidencia entre los “motivos personales” de Salas Barraza y el hecho de que en una entrevista concedida por Pancho Villa a Regino Hernández Llergo, pocos días antes del asesinato, haya expresado su simpatía por Adolfo de la Huerta en la sucesión presidencial de 1924. Recientemente, la apertura del archivo del general Joaquín Amaro ha permitido que se arroje luz documental sobre el caso. El joven historiador Enrique Plasencia me ha comunicado la existencia de una carta en la que Salas Barraza solicita la intervención de Amaro en beneficio suyo, ya que él cumplió con su cometido y le pide al intermediario superior que el máximo dispensador de favores le otorgue los prometidos.¹⁵ Como el texto es elusivo un purista acaso alegraría que eso no es prueba contundente, pero se necesitaría jugar al ingenuo para admitirlo. Es decir, existe indicio documental de lo que todo mundo sabía: que Obregón mandó matar a Villa para allanar el camino de Calles a la presidencia, eliminando un obstáculo virtual muy peligroso. El papel, que afortunadamente se salvó de la destrucción, viene a confirmar que, de no existir, la inferencia lógica puede suplir la prueba documental. Los historiadores no necesariamente debemos proceder como abogados. Es obvio quién resultó beneficiado con la muerte de Villa.

La historia oficial no admitiría fácilmente una evidencia de ese tamaño. Si los regímenes actuales se asumen como herederos de los emanados de la revolución, no pueden apelar a una genealogía macbethiana.¹⁶ Al Estado y sus administradores no conviene exhibir los aspectos negativos de los próceres. De ahí los “motivos personales” de un asesino solitario como Salas Barraza.

¿Cuál es el papel que toca desempeñar al historiador de la política? Frente a mi total descreimiento en una ciencia política sobre el pasado o, lo que es lo mismo, mi convicción de que la pretensión científica es un encubrimiento ideológico, al historiador le toca ejercer una función crítica desde un punto de vista moral. Ciertamente me inhibe utilizar esta palabra por lo que puede evocar de moralina o mojigatería, pero corro el riesgo porque hay que insistir en ello. Desde principios del siglo XVI, Maquiavelo enseñó que política y ética no corren por los mismos caminos, y precisamente, por eso, el único recurso frente

¹⁵ Para la versión en libro de su tesis doctoral *La rebelión delahuertista. Un enfoque regional*, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1996.

¹⁶ Apelo al ensayo de Héctor Aguilar Camín, “Macbeth en Huatabampo”, en *Salvos de la revolución. Cultura y política de México, 1910-1980*, México, Nueva Imagen, 1982, p. 57-74.

a la política real es oponerle valores. ¿Cómo? No mediante un sermón, lo cual no es papel del historiador, ya que los hechos ya pasaron y, como escribió O'Gorman hace cincuenta años, "la misión del historiador consiste en explicar a los muertos, no en regañarlos, entre otras cosas porque no hay empeño más vano". El historiador no debe hacer otra cosa sino lo hecho por todos los grandes historiadores desde hace dos mil quinientos años: narrar los acontecimientos, exponiéndolos con rigor y autenticidad. La narrativa es el arma perfecta.

Al narrar el historiador expone los hechos, interpreta las intenciones, les da sentido, en fin, maneja los acontecimientos de manera que lleguen al lector, no como realmente pasaron, lo cual es imposible, sino como el historiador los recrea a partir de un examen muy cuidadoso no sólo de los materiales primarios, sino de la recomposición que lo lleve a una reconstrucción consciente de ellos, es decir, con conciencia de que está elaborando un discurso que representa la realidad, una realidad ida, sólo recuperable gracias al historiador que la recrea. No es que los hechos hablen por sí solos, como preconizaban los positivistas, porque si no se les despierta permanecen callados. El historiador debe recuperar la voz de los hechos, para que hablen con la posteridad. Es preciso resaltar, con ironía, los contrastes políticos entre lo que se decía hacer y lo que realmente se hacía. Con ello, y sin nada que parezca sermón, sería posible restaurar una moral de la historia.